

«el inventor del Evangelio sería mas asombroso que el héroe (1).» Suponer cuatro inventores y cuatro inventores aislados, sería cuadruplicar, centuplicar el prodigio. Decid mas bien con Pascal, que «las debilidades mas aparentes son fuerzas para los que toman bien las cosas (2),» y dejadme repetiros que hay tanta unidad en los cuatro Evangelios, que no parecen sino una misma historia, un solo historiador; y bastante diversidad para hacer palpable la gran sinceridad de sus autores.

Acabamos de examinar el libro de la historia evangélica, y vemos que satisface á todas las exigencias posibles de la crítica por la solidez y la maravillosa armonía de sus respuestas. ¿Pero no se alza por fuera ninguna voz contra su autenticidad? ¿Puede reivindicar en provecho suyo los testimonios intrínsecos?... Veámoslo.

Escucho, en primer lugar, la tradicion oral acerca de ese libro: voz del Oriente, voz del Occidente, voces unánimes en su favor. Millares de generaciones diversas forman esa doble tradicion, esos pueblos envidiosos, divididos en sectas hostiles deseosas de impugnarse, interesadas en convencerse mutuamente de error; pero todas á una convienen en la autenticidad de ese libro como centro comun; todas lo atribuyen al primer siglo, á los dos testigos oculares y á los dos contemporáneos que él designa.

Y esa tradicion oral tan respetable ¿se halla debilitada por alguna reclamacion?—«Si, por la sábia voz de Fausto,» responde el autor del libro de las *Ruinias*.—Pero dígasenos quién es ese Fausto cuyo testimonio se opone con tanta confianza.—Era maniqueo.—¿Y no conoce Volney que al indicar el interés de la secta que dictaba aquel aser-

(1) *Emilio*.

(2) *Pensamientos*, cap. XVIII.—El mismo M. Salvador, á pesar de todas sus prevenciones de juicio contra los Evangelios, ha dicho: «Lejos de hallar nada que decir contra las diferencias que se notan en ese cuádruple monumento, esas mismas diferencias constituyen su verdadera riqueza y lo enaltecen, conservando en él el sello involuntario y original de los hombres y de las circunstancias.» (*Jesucristo y su doctrina*, lib. II).

to (1) le quita todo su valor? ¿Y cuál era además su siglo?—El tercero, respondeis (2).—No os equivocais mas que en un siglo entero en vuestro provecho, porque Fausto vivía á fines del cuarto siglo (3). De consiguiente me parece que vino un poco tarde á negar lo que no habian negado sus antecesores, aun los mas rencorosos é instruidos en la oposicion al cristianismo: Julian el apóstata que nada ignoró ni omitió de lo que podia desautorizar al Evangelio; Celso, el hábil Celso, que se gloriaba en el segundo siglo de haber examinado todo lo concerniente á la religion de Jesucristo (4); el herege Marcion, que antes de mediados del mismo siglo tributaba homenaje á la autenticidad de los cuatro Evangelios, aunque sin querer servirse mas que del de San Lucas, como *escrito á los ojos de San Pablo*, á quien atribuía el privilegio de ser el único en haber espuesto bien la doctrina de Jesus (5); el herege Valentiniano y sus discípulos, bastante temerarios para desnaturalizar el sentido de los Evangelios, pero no lo suficiente para sostener que no fuesen de aquellos cuyos nombres llevan (6). Por otra parte, negar y probar son dos cosas distintas: Fausto negó; ¿pero probó acaso su dicho? No, antes bien quedó confundido con la concluyente respuesta de San Agustin (7) que le redujo á negar la autenticidad de todos los libros conocidos, hasta la de los de Manés, ó reconocer la autenticidad de los cuatro Evangelios, la cual, además, está comprobada por una tradicion escrita irre-usable.

No invocaré aquí á los autores del siglo tercero, ni á los de la última mitad del siglo segundo: los hombres mas

(1) Los Evangelios condenaban evidentemente los dogmas insensatos de Manés.

(2) Volney.

(3) *Historia eclesiástica* de Fleury.

(4) *Novi enim omnia*, decia. (*Origenes contra Celso*).

(5) *Introduccion histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire.

(6) *Introduc.*, etc. por J. B. Glaire.

(7) San Agustin: *Adversus Faustum*.

hostiles á nuestras tesis, el mismo Strauss, tan audaz y avanzado en sus negativas, confiesan que los cuatro Evangelios eran admitidos entonces en el mundo entero como obra auténtica de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Y no es eso una concesion de su parte, pues al que ha leído á Clemente de Alejandría, á Tertuliano, á San Ireneo, le es imposible abrigar dudas sobre el particular.

Partamos de ahí como de un punto en que estamos todos acordes. Nos queda un número muy corto de obras de los tiempos que precedieron á la mitad del siglo segundo: de consiguiente, no hay derecho para exigir muchos testimonios escritos de aquellos mismos tiempos sobre la cuestion que nos ocupa. Y sin embargo, remontando el curso de los años, hallamos la cadena tradicional escrita hasta los autores mismos de los cuatro Evangelios, en tres testigos, San Justino, San Policarpo y Papias, por lo tocante á la primera mitad del siglo segundo; y en otros tres por la segunda mitad del primero, San Ignacio, San Clemente de Roma y San Bernabé ó el autor apostólico de la carta que lleva su nombre (1). A estos testigos no se les puede negar, ni la existencia en el tiempo indicado, ni la enunciacion de varios pasajes que leemos en los cuatro Evangelios. Pero esos pasajes, se dirá, los enunciaron sin nombrar á los Evangelistas. Y ¿qué! ¿No citaron igualmente diferentes pasajes del Antiguo Testamento sin designar los libros de donde los tomaban? ¿Y se dirá, por eso, que esos diferentes pasajes no son *citas* de esos mismos libros? Si no designan á los Evangelistas es porque en sus escritos no trataban discusiones dogmáticas, en las cuales hubiera sido preciso mostrar la fidelidad de las citas, sino simplemente lecciones de moral, exhortaciones piadosas, y al citarlos sin nombrarlos, hicieron lo que en nuestra misma época hacen los predicadores que citan comun-

(1) Véanse *Disertaciones sobre la religion*, por la Luzerne, é *Introduccion hist. y crit.*, por Glairo.

mente en el cuerpo del sermon testos de la Escritura, sin decir de que libros los toman, al paso que los escritores de polémica siguen el método contrario (1).

¿Y á qué insistir, por otra parte, en estos últimos eslabones de la cadena tradicional escrita, cuando el testimonio solo de San Ireneo basta para conducirnos hasta los cuatro Evangelistas mismos? En efecto, ese ilustre doctor habia tenido por maestro á San Policarpo, obispo de Smirna, discípulo del Evangelista San Juan, y amigo de otros muchos testigos de la vida mortal de Jesucristo (2). Después de salir del Asia, y visitar la mitad del mundo cristiano, fué á las Galias y se fijó en Lyon, de donde marchó á Roma para tratar allí de asuntos eclesiásticos: de consiguiente se hallaba en el caso de estar bien informado, no solo de las cosas de su época, sino tambien de las de los tiempos apostólicos. Pues ahora bien, San Ireneo asegura en términos formales, *que hay cuatro Evangelios, y que ni hay mas ni menos; que por lo tanto el Evangelio ha sido dado al mundo bajo cuatro formas diferentes, aunque escritas todas cuatro en un solo y mismo espíritu* (3); *que San Mateo fué el primero que escribió su Evangelio, luego San Marcos, discípulo de San Pedro, luego San Lucas, discípulo de San Pablo, y luego San Juan, discípulo querido del Señor* (4); *que los herejes mismos tributan homenaje á la*

(1) Ese modo de citar los Evangelios prueba lo muy conocidos que eran de los fieles, porque así es como se citan los libros mas difundidos y vulgares.

(2) San Ireneo nació á principios del reinado de Adriano, hácia el año 120 y pasó toda su juventud con el obispo de Smirna. «Todavía, dice en su carta á Florino, se me figura oír al bienaventurado Policarpo referirnos sus conversaciones con San Juan y con otros varios discípulos que habian visto á Jesucristo; citarnos sus palabras y todas las que ellos habian recogido de boca del Salvador; hablarnos de sus milagros y de su doctrina, con arreglo á lo que él sabia por los que habian conocido al Verbo de vida y conversado con él. Sus dichos y relatos estaban en un todo conformes con los de las Santas Escrituras.» (*Epist. ad Florinum de Monarchia apud Euseb. Hist. eclesiástica*, lib. V, cap. XX).

(3) *Contra herejes*, lib. III, cap. II.

(4) *Id.*, lib. III, cap. I.

autenticidad de los cuatro Evangelios, apoyándose los Ebionitas en el de San Mateo, los Cerintios en el de San Marcos, los Marcionitas en el de San Lucas, los Valentinianos en el de San Juan (1). Véase, pues, un testimonio, que aunque escrito en la última mitad del siglo segundo, toca por las lecciones de San Policarpo á la primera fuente, y se une á ella hasta por las confesiones de los herejes Ebion y Cerinto, pertenecientes al primer siglo, y por los otros dos jefes de secta á la primera mitad del segundo.

¿Qué opondreis, preguntaré á mis adversarios, á una autoridad histórica tan grave? ¿Direis que el ilustre obispo de Lyon fué engañado ó es un impostor? ¿Engañado él! ¡y sobre hechos tan importantes!... ¿Le habeis leído?... ¿No os atreveriais á transformarlo en juguete estúpido de un error tan grosero? ¿Impostor acaso?... Poned en parangon su probidad de testigo histórico con la de Plutareo ú otro cualquiera de los antiguos á vuestra eleccion.

Pero, por otra parte, el hecho solo de la autenticidad de los cuatro Evangelios universalmente reconocido en el tiempo de San Ireneo; este hecho atestiguado por él y establecido claramente por Tertuliano y Clemente de Alejandria; este hecho reconocido como incontestable por el mismo Strauss (como hemos dicho y con esto está dicho todo), demuestra la admision anterior, primitiva, universal y por consiguiente la realidad de aquella misma autenticidad. Porque si cualquiera otra mano que no fuese la de la verdad hubiera lanzado al mundo los cuatro Evangelios, hubiera sido preciso para acreditarlos hacer admitir en el seno de una multitud de iglesias formadas mucho antes de la mitad del siglo segundo en Judea, Samaria, Grecia, Tesalia y Macedonia, en una gran parte de Asia, en Egipto, en Italia (2); hubiera sido preciso, repito, hacer

(1) *Contra hæreses*, lib. III, cap. II.

(2) *Actas de los Apóstoles* (cuya autenticidad no pone en duda Strauss), cap. VIII, IX, XI, XIV, XV, XVIII, XIX XX.—Tácito, *Annal.*, lib. X<sup>o</sup>, cap. 44.—Suetonio, *vida de Claudio*, §. 27.—Plinio el joven, lib. X, carta 97 á Trajano.

admitir unánimemente como antiguos y conocidos, escritos desconocidos y nuevos; como historia auténtica y pública, una historia apócrifa y oculta hasta entonces en el cerebro de un falsario; y escritos é historia que por su estrecha relacion con las creencias y las prácticas de aquellas iglesias, provocaban necesariamente la precaucion y el exámen; hubiera sido preciso hacerlos admitir en los sitios mismos en que los supuestos autores habian vivido y predicado por mucho tiempo, donde vivian y predicaban aun sus propios discípulos y sucesores inmediatos, y de consiguiente seducir á una sociedad inmensa de hombres tan diversos en países y naciones que hacian, por confesion de todos, profesion pública y sincera de aborrecer todo fraude, y llevaban la precaucion hasta el punto de no dar lugar entre los libros canónicos á escritos que habian salido de la pluma de los apóstoles, por pequeñas que fuesen las dudas que ocurriesen sobre ellos (1); hubiera sido preciso hacerles abandonar la lectura pública de los Evangelios usados anteriormente en las asambleas cristianas (2),

La prueba de la multitud de iglesias que existian, tanto en el primer siglo como en la primera mitad del segundo, resulta tambien de las epístolas dirigidas por San Pablo á las iglesias de Roma, Corinto, Galacia, Efeso Filipo, Coloso, Tesalónica; de las cartas de San Ignacio mártir, á los Efesios, Magnesios, Tracianos, Romanos, Filadelfos, Smirnos; y de estas notables palabras de San Justino que en la mitad del segundo siglo, decia cara á cara al filósofo judío Trifon, sin temor de ser desmentido: «Pongo por testigo á los diferentes pueblos de la tierra, Griegos ó Bárbaros, ó de otra raza, cualesquiera que sean su denominacion y costumbres, cualquiera que pueda ser su ignorancia de las artes y de la agricultura, ya habiten bajo tiendas, ya que errantes en el desierto trasporten sus moradas en carros cubiertos, de que no existen naciones en donde no se dirijan en nombre de Jesucristo oraciones al Padre y Criador de todas las cosas.» (*Dial. cim. Triph.*)

Véanse las historias eclesiásticas de Eusebio, Fleury y Roherbacher.

(1) Así es que la Epístola á los Hebreos y el Apocalipsis no fueron contados en el número de los libros santos sino cuando se halló ser uniforme el testimonio de la mayor parte de las iglesias que tenian conocimiento de ellos.

(2) San Justino, que escribia cincuenta ó sesenta años despues que el evangelista San Juan, enumerando en su primera apología las prácticas usadas en las asambleas de los cristianos, el domingo, menciona la costumbre de leer públicamente los libros de los Apóstoles que se llaman Evangelios, igualmente que la distribucion de la Eucaristia por los diáconos, y el do-

y hacerles adoptar otros nuevos, y de consiguiente ganar á la vez á los pastores y á los fieles, á todos los pastores y á todos los fieles de Oriente y Occidente y quitarles á todos irrevocablemente la idea ó la voluntad de reclamar en contra, ó de arrepentirse en seguida de su criminal adhesión al fraude; hubiera sido preciso, en fin, hacer entrar en el complot á los herejes mismos que reconociendo la autenticidad de los cuatro Evangelios, pretendían solo comprender la verdadera doctrina de Jesucristo mejor que los apóstoles y sus discípulos inmediatos (1); hubiera sido preciso, en una palabra, nada menos que trastornar en todas partes y á la vez la inteligencia, la conciencia, las convicciones religiosas ó de sistema, las costumbres sagradas, la naturaleza, en fin, en una muchedumbre innumerable y bajo climas tan diversos..... ¡Seguramente que son esos demasiados milagros en manos de un falsario, por hábil y poderoso que sea! Crea en ellos el que quiera y el que pueda, que yo me guardaré bien de ser crédulo hasta ese punto.

Sabemos además por la historia, y nuestros adversarios están lejos de negarlo, que por aquella época aparecieron evangelios apócrifos, unos obra de algunos herejes en provecho de sus errores; otros obra de algunos fieles cuya sencillez creía poder dar el nombre de Evangelios á escritos compuestos por ellos con arreglo á lo que habían oído referir relativamente á la vida de Jesucristo. Ahora bien, la tradición histórica por la que sabemos la publicación de esas falsedades culpables, ó usurpaciones perdonables de un nombre sagrado, nos atestigua al mismo tiempo que las iglesias primitivas, lejos de dejarse engañar por ellas y de conservarnos esos escritos en la clase de los cuatro únicos apostólicos, los dejaron morir en el despre-

*nativo espontáneo de limosnas de los ricos en manos del que presidía la Asamblea (Apol. 1.ª, núm. 66 y 67); lo que indica suficientemente que el uso de aquella lectura databa de los tiempos apostólicos, como los otros dos.*  
(1) Véase *Introd. hist. y crít.* etc. por J. B. Claire.

cio ó en el olvido, abandonándolos á la existencia precaria que tuvieron desde su nacimiento, sin atender á la estimación que podían hacer de algunos de ellos como de obras piadosas, ciertos personajes recomendables (1).

Y además, por los fragmentos que han llegado hasta nosotros, es fácil conocer que en esto las iglesias primitivas dieron pruebas de buena crítica, y que esos falsos Evangelios revelaban en sus autores unos romancistas que trataban de realzar la sencillez de los hechos de un modo pueril con el colorido de lo maravilloso, de lo absurdo á veces y hasta de lo impuro y bárbaro (2). De lo que se sigue que aun bajo este concepto, sirven para hacer resaltar mejor la autenticidad de nuestra historia evangélica. Porque relatos tan desemejantes y contrarios hasta en el tono, el colorido y los detalles, no pueden venir de una misma y sola fuente; y si hay dos fuentes ¿cuál es la buena? ¿La de nuestros Evangelios que llevan el sello de la verdad, ó la de los apócrifos marcados en relieve con el sello de la falsedad, y si se quiere con el sello de ese myto cristiano, al que los intérpretes alemanes pretenden locamente atribuir los nuestros?

¿Cuál es, en efecto, el principio fundamental del mytismo? El myto es un tejido fabuloso fabricado no por un hombre sino por una serie de generaciones, embellecido poco á poco, hasta involuntariamente, ya por un narrador, ya por otro, pero un tejido cuyo enlace y cuya primera trama han sido basados originariamente en las preocupaciones, en las opiniones, en las creencias, en una palabra, en las ideas dominantes de la época. Ahora bien, admitido ese principio, se podría sostener, sin contrariarlo y hasta con cierta probabilidad, que al menos varios de los Evangelios apócrifos son hijos del myto, puesto que por un lado vemos, por lo que de ellos nos queda, que son un reflejo embellecido, una amplificación romancesca de

(1) Véase *Tratado de la religión*, por Bergier.

(2) *Anales de filosofía cristiana*, série 3.ª, núm. 97.